

CAUSAS QUE FAVORECIERON LA REFORMA PROTESTANTE

Tema presentado en el curso de Historia Moderna.

La rebelión de un fraile contra la disciplina de su convento y contra la jerarquía eclesiástica es un hecho que, en circunstancias normales, no tiene categoría histórica. Toda su repercusión no pasa del orden netamente policial. Si hoy sucediera este hecho en cualquier parte del mundo, el fraile sublevado, después de ser degradado de su condición sacerdotal, sería echado a la calle, quedando el convento en paz y el infeliz insurgente dueño de su ruta y responsable de sus culpas.

El año 1520, un fraile alemán de la orden de San Agustín, llamado Martín Lutero, rompió la disciplina de su convento y se sublevó contra el Sumo Pontífice desconociendo su autoridad de pastor universal. Después de largas luchas y polémicas en las que el fraile rebelde fué tolerado por las autoridades de la Iglesia, desoyó todas las indicaciones pontificias y, con singular insolencia, quemó, en la plaza de la ciudad de Witemberg, la Bula Papal. El hecho suscitó un gran escándalo que terminó en una revolución religiosa de vastas proporciones.

Expuestos estos hechos, no es necesario ser muy perspicaz, para llegar a la fácil conclusión de que, aparte este gesto de individual rebeldía, tenía que existir, necesariamente, un complejo de factores favorables que, extendiendo el mal, dió vida a una verdadera revolución. A captar, en cuanto sea posible, esos factores, se dirige este estudio de las causas religiosas y extra-religiosas del movimiento protestante que quiera encerrar en estas páginas con la mayor sobriedad.

¿De dónde debemos partir para abarcar integralmente la gestación de la rebelión luterana? Es difícil precisarlo. Considero que las causas del movimiento están claramente unificadas con la épo-

ca; de tal manera que es precisamente al iniciarse la Edad Moderna, cuando comienza a gestarse la sedición protestante. Con el Renacimiento, con los inventos, con los descubrimientos, con toda esa inquietud de los hombres que ven derrumbarse un mundo con todas sus instituciones, para dejar paso a algo desconocido que son los nuevos tiempos, con toda esa trémula y angustiosa trama de sucesos extraordinarios, se forma el estado de ánimo precursor de la Reforma. Cuando leemos la historia de ese tiempo, en ese siglo XV, tan lleno de sorpresas, percibimos fácilmente el temblor, el estremecimiento y la agonía de toda una edad histórica, vale decir, de una manera de ser, de pensar, de sentir, de toda una concepción del universo.

Surgiendo de la entraña misma de esa edad en ruina, el Renacimiento, que es energía acumulada, que es vitalidad escondida, va a poner fin a la quietud y al orden medioevales. Apoyándose firmemente la soberbia y serena grandeza del espíritu clásico de Atenas y Roma, el hombre de ese tiempo se prepara a saltar hacia el porvenir. No es el Renacimiento un ciego retorno, sino un vigoroso impulso y un brillante avance. Ejemplarizados en lo antiguo, inspirados en la eternidad de lo clásico, los hombres de ese tiempo de inquietantes novedades, se preparan a marcar rumbo al porvenir. Espíritus avizores se dan cuenta de que un mundo está terminando y que todos los sucesos anuncian nuevos tiempos

Se ha descubierto que el mar no termina en un abismo: el mundo es redondo. Más allá del mar inmenso, un continente nuevo ofrenda a la cultura la primicia de su virginidad. La brújula acaba con el temor de los marinos, que se lanzan entonces a explorar todo. La pólvora destruye el romanticismo de la guerra feudal. El caballero, sintiéndose olvidado, se anticipa a su derrota y, abandonando la soberbia gallardía de su castillo, se marcha hacia la corte del que, más poderoso, ha sido aclamado rey. Con el crecimiento del poder de algunos príncipes, se olvida el ideal del Imperio Universal, propugnado por la Iglesia como fórmula de armonía, y nace el espíritu de nacionalismo agresivo en el ambiente de las cortes reales, respaldadas ya por ejércitos profesionales. El papel y la imprenta, armas eficaces de los nuevos tiempos, funcionan con afán. Por todas partes, van despertando la sed en los espíritus. La turbulencia de esos días es el más claro signo de que un

gran cambio se está operando en el mundo. Ha terminado la Edad Media y se inician los tiempos modernos.

Todo este cambio político, social y económico que determinan los tiempos modernos, no podía dejar de avanzar al campo religioso. Cuando pensamos que en la Edad Media la Iglesia extiende a todo su enorme influencia, podemos darnos cuenta porqué, cuando se produce la crisis liquidadora de la Edad Media, la Iglesia no puede sustraerse a esa conmoción, tan extensa y tan honda, por lo mismo que su acción, benéfica desde luego, penetraba en todas las actividades de la sociedad.

Examinemos rápidamente los factores que preparan esta crisis religiosa. Debemos detenernos en primer término en las nuevas tendencias espirituales que se agrupan en los estudios humanísticos. El humanismo fué, a mi juicio, el renegar de la escolástica, que es el sistema que dirige los estudios medioevales. En la Edad Media, apartando del mundo su atención, los hombres de estudio realizan portentosas construcciones lógicas acercándose por medio de ellas a la comprensión de los más áridos problemas metafísicos. La obra de los escolásticos, hasta hoy utilísima, nos indica resueltamente que no había ignorancia en el medioevo, sino que las mentes esclarecidas de ese tiempo, despejándose de las realidades, dirigían su mirada exploradora a las cumbres inaccesibles de la Teología, la Filosofía, la Teodicea y, en general, a todas las altas disciplinas que desembocan en la Metafísica. La forma limpiada y brillante de los autores griegos y latinos había sido sacrificada a la profundidad del pensamiento. Toda la artística gracia de las letras antiguas había desaparecido bajo el peso de la dialéctica y entre el enmarañado tejido de raciocinios silogísticos, deducciones y dilemas.

Esta contemplación de las altas verdades, este absorbente predominio de los elevados estudios abstractos y este olvido de la realidad circundante, tenían que terminar, porque nunca duran los excesos. Pero no acabarían suavemente, por extinción. Tenía que producirse la reacción y el choque primero, para arribar después al equilibrio necesario. Y esta reacción contra la Escolástica, fué el Humanismo. Al exhumar los escritos clásicos griegos y latinos, cuando el hombre del Renacimiento, cansado de su tiempo, volvió hacia atrás sus ojos en busca de algo mejor, quedó deslumbrado con el brillo de la forma antigua. Acostumbrado a la seriedad de

los estudios medioevales, el renacentista ve en los antiguos escritores una gloriosa liberación. Y entonces, la imprenta al servicio de este nuevo entusiasmo, comienza la divulgación de los escritos antiguos que pronto suscitan la imitación, formándose así, en oposición a los núcleos de cultura universitaria, grupos de humanistas, es decir, estudiosos que volvían su atención a las realidades humanas, desatendiendo todas las antiguas especulaciones filosóficas.—En su "Historia Universal Moderna" el Dr. Ibarra Rodríguez, catedrático del curso en la Universidad de Madrid, dice, refiriéndose a la aparición y difusión del humanismo: "Las Universidades habituadas a los métodos y enseñanzas tradicionales, fueron, en general, opuestas a los nuevos saberes, y así, estos hubieron de nacer y desarrollarse entre grupos selectos que se formaron bajo el amparo y ayuda material de los príncipes, y conquistar el influjo sobre los doctos y masas por medio de la enseñanza pública ambulante; no fué, pues, el cultivo del humanismo doctrina popular que aceptaron los más, sino movimiento impuesto por el esfuerzo y energía mental de espíritus valiosos".—Esto que dice el Dr. Ibarra Rodríguez es una prueba de lo infundado de esas viejas suposiciones sobre el "oscurantismo", término que usaron los renacentistas para nombrar los viejos estudios, en oposición a las "luces" que ellos portaban para iluminar el mundo. Es verdad que en la Edad Media se descuidó los estudios artísticos; pero es verdad también que durante ese tiempo, insignes estudiosos lograron revisar y compilar todos los conocimientos humanos. El Renacimiento no es, como se ha repetido tanto desde hace dos siglos, luz que se enciende en la oscuridad. Es simplemente un viraje, un brusco y quizás necesario cambio de ruta y paisaje, es la marcha de la cultura que no cesó ni en los días de las más encendidas contiendas feudales, porque entonces la cultura se refugió en los monasterios, hasta que el mundo se sacudió de guerras y violencias, y eso fué al fin de la Edad Media, con el Renacimiento.

A pesar de todas las resistencias, el humanismo se propagó rápidamente en Europa. En todas las ciudades importantes de ese tiempo, grupos selectos leían y comentaban, en las lenguas en que fueron escritas, las grandes obras clásicas, principalmente Cicerón, Terencio, Homero, Tucídides y otros, olvidados autores griegos y latinos. Sin embargo, este renacer de las letras antiguas,

en sí inofensivo, sería con el tiempo, factor de disolución religiosa.

¿Por qué? Porque al restaurar las viejas formas clásicas, virtualmente quedó restaurada en los escritos cultos, la indole pagana. Muchos humanistas de Italia, Francia y Alemania, fueron abiertamente paganizantes. Naturalmente, la Iglesia tenía que estar contra todas las caprichosas desviaciones renacentistas. No combatía el renacer de la forma clásica. Bueno es recordar que muchos valiosos manuscritos se salvaron en los monasterios, a la sombra de la Iglesia, de la destrucción feudal. Lo que combatía la Iglesia era que el humanismo propiciara, prácticamente la restauración de la vida pagana. No quisieron comprender así muchos humanistas. Y se dedicaron, por eso, a presentar a la Iglesia como enemiga del renacimiento y de los nuevos estudios. La Iglesia de ese tiempo, cuya disciplina estaba distante de la perfección, fué constantemente atacada por mordaces panfletarios humanistas que se erigían en jueces del desorden religioso. Todos estos ataques, hechos generalmente, con tono de corrosivo humorismo, fueron poco a poco aniquilando el respeto a la jerarquía eclesiástica. Un caso típico de esta clase de escritores es el alemán Sebastián Brandt, que en la obra titulada "Narrenschiiff—Barca de los locos—censura la situación moral de su tiempo y, al criticar los excesos de todas las clases sociales, pone la mayor energía al tratar del clero, al que, en total, acusa de ignorante y corrompido. Todo esto iba minando la autoridad moral del clero, porque al poner te relieve tantos males existentes, los humanistas no lo hacían con el fin de corregir sino con el torcido propósito de destruir el respeto del pueblo cristiano y soliviantarlo. Con su restauración pagana, con sus escritores paganizantes y con sus escritos disolventes, el humanismo aceleró el desconcierto de las muchedumbres católicas, preparando el terreno en el que más tarde Lutero sembraría su cizaña. De este modo el humanismo servía de eficaz ingrediente en la revolución que estallaría un siglo más tarde.

Estos ataques no eran infundados. Existía así, de otro lado, el motivo que el mismo clero ofendido lo proporcionaba con su conducta irregular. Un clero indisciplinado tenía que ser corrompido, y ya sabemos que corrupción e ignorancia son casi siempre líneas paralelas. La Iglesia, en desorden y desconcierto, se hacía acreedora a estos ataques. Desde los días del cisma de Occidente y del

destierro papal en Aviñón, la autoridad eclesiástica había perdido vigor. Sin embargo, el mal venía de más allá. Desde los tiempos de la Edad Media, los hijos de la nobleza vieron en el estado eclesiástico una fuente de crecidas riquezas y de inobjetables rentas. Muchos obispados y abadías gozaban de beneficios feudales. Hombres sin vocación religiosa abrazaban el estado eclesiástico para gozar de estas prebendas. Al generalizarse esta costumbre, desapareció la disciplina eclesiástica. Algunos obispos lo eran sólo en el nombre y no sólo desatendían o no cumplían los deberes pastorales de su alto ministerio, sino que aun más, quebrantaban los votos evangélicos y prescindían del celibato. Con el desconcierto que trajo tras de sí el cisma y el destierro de Aviñón, estos males crecieron en extensión y profundidad. Pero al iniciarse el Renacimiento ya era insoportable la indisciplina. Obispos que vivían para explotar y gozar en la comodidad sensual de sus palacios deslumbrantes y lujosos; clérigos sin vocación ni virtudes y corrompidor por la codicia; Pontífices débiles y tolerantes con el desorden y los vicios, contribuyeron a fomentar esta anarquía que echó por tierra el esplendor espiritual de la Iglesia. En el ánimo del pueblo cristiano se iba sembrando así la semilla del descontento y la insubordinación. La necesidad de reforma se dejaba sentir en todas partes. La tempestad asomaba y el clero, con su inercia, la hacía avanzar. Cuando Savonarola dá la voz de alarma en Florencia contra la corrupción de las costumbres, su grito es el del pueblo cristiano. Tal vez, su imprudencia hizo naufragar sus ideales y él, víctima de las intrigas, purgó en la hoguera su fervor. Pero no por ese sacrificio se suprimió el clamor agigantado que pedía la reforma de la Iglesia. Ya Juan Hus, al atacar en la Universidad de Praga la integridad de los dogmas, anunciando con su herejía, que las malas costumbres del clero alto y bajo, habían puesto en peligro los mismos dogmas. La relajación moral iba arrastrando tras de sí la división dogmática. Esto era en 1415. Sin embargo, sordos al clamor, ciegos ante estos temibles anuncios, hay obispos que prosiguen en su camino de desorden y degradación. La herejía de Juan Hus debió servir de campanada de alarma porque era el preludio de funestos sucesos. No fué así. Se estaba formando la plataforma demagógica que serviría a Lutero para dar el alarido de sedición.

Causas políticas favorecieron también la rebelión protestante. Con la cancelación del feudo surgió la nación y con la nación nace el sentimiento nacionalista. Si hay algo que fácilmente se propague es, precisamente, el nacionalismo. Razones psicológicas y económicas explican su desarrollo.

Con el tiempo, este sentimiento nacionalista ascendió hasta el campo religioso. La permanencia de una Iglesia ecuménica se va haciendo más y más difícil. Como lo hace notar Berdiaieff, la Edad Media era internacionalista y universalista. Por eso en ella se afirmó la idea de una Iglesia Universal. Pero al iniciarse los tiempos modernos y, con ellos, el sentimiento nacionalista, se hizo difícil impedir el deseo de los príncipes de gobernar directamente a la Iglesia, para lo cual necesitaban la nacionalización. Cuando el feudalismo, gastado y decrepito, se resigna a morir, el poder de los reyes se estabiliza en la monarquía absoluta. Pero esta monarquía no podía alcanzar el integral absolutismo si existía, frente a su poder, la máxima autoridad del Papado. Por eso, al final de la Edad Media, ya podemos notar conflictos entre los reyes dominantes y el Papa inquebrantable. Los reyes, en general, aspiraban a someter a la Iglesia, a servirse de ella como de arma de gobierno. Cuando sobreviene la rebelión de Martín Lutero y éste, para conseguir el apoyo de los príncipes alemanes, proclama la necesidad de Iglesias nacionales y el patronato de los príncipes sobre ellas. Al presentarse esta oportunidad de predominio, los príncipes no la desperdician. Se apresuran entonces a garantizar a Lutero y protegerlo. Al apetito absolutista de los príncipes, se le presentó, con la Reforma luterana, la mejor oportunidad. Y para conseguir el robustecimiento de su poder, ellos apoyan y favorecen la disolución religiosa. En virtud de la rebelión protestante, los príncipes alcanzan la integridad de su poder, asumiendo la dirección de las iglesias nacionales. Estas Iglesias quedaban así a merced de todos los caprichos de soberanos incontrolados y ambiciosos. La Iglesia Angelicana de Enrique VIII sería después el ejemplo más claro de la situación servil a que redujo las Iglesias protestantes, los principios que Lutero proclamó para halagar las pasiones de príncipes orgullosos y dominantes.

Por todo lo expuesto, es fácil ver cómo causas de orden intelectual, moral y político concurren, junto con causas de orden estrictamente doctrinario, como la cuestión de las indulgencias, a

formar el clima histórico que favorecerá el estallido luterano. En una Iglesia firme y disciplinada como la de hoy, nada conseguiría un fraile demente con sublevarse desconociendo tal o cual dogma. Lutero consiguió ser escuchado, porque se acogió a la necesidad de reforma que se agitaba en ese tiempo de quebrantos y debilidades. El comprendió que la palabra "Reforma" tenía un poder mágico en esos días de desorden. Y, valiéndose de ella, hizo pasar el grotesco contrabando de sus trastornos morales y de sus complicaciones psicológicas. El se lanzó a la revuelta por satisfacer sus instintos y ambiciones; y fué después, ya en la lucha, cuando muchas señales le hicieron notar que el momento era propicio para sus planes y propósitos que tenían origen en un deplorable problema personal de fé y costumbres. El momento era, en efecto, extraordinario. El norte de Europa recelaba de la Iglesia que a los ojos de la masa ignorante, era una Iglesia romana en el sentido literal y geográfico de la expresión. Había inquietud, que es el factor primordial para la victoria espiritual de las revoluciones. El, al comprender este estado de ánimo, supo desviarlo por los cauces sangrientos del cisma. Esa fué su obra.

Martín Lutero fué, desde luego, un desequilibrado, un neuropata. Para la gente de su tiempo que se mantuvo al márgen de sus principios, era simplemente un endemoniado. A la formación de esta opinión contribuyó mayormente el mismo Dr. Martín que vivía constantemente alucinado con las visitas, gritos, anuncios y confidencias de Satanás. Si vamos a creer todo lo que el mismo Lutero refiere en sus cartas y escritos, existía entre él y Satanás una desagradable familiaridad. Según el testimonio del propio Lutero, los peores insultos que ha recibido Lucifer, fueron de la boca del Dr. Lutero. Y era el demonio el culpable porque constantemente rondaba en torno del infortunado fraile. El dijo alguna vez: "Conozco al diablo a fondo en pensamiento y aspecto, habiendo comido en su compañía más de un moyo de sal". Más tarde, después de su sacrilego matrimonio, confesó en una ocasión: "El diablo se ha acostado a mi lado, en mi lecho, más a menudo que mi mujer". Pero el imprudente Satanás no sólo moraba junto a él. "Estoy firmemente persuadido—dice Lutero—de que los diablos están instalados en las nubes. Si comienza a llover es porque ellos derraman la lluvia". Como se vé, el pobre reformador padecía una obsesión diabólica lindante en la locura más clínica. Todo es-

to nos hace ver, mejor que todas las descripciones, como era la personalidad del hombre al que siguió una gran parte de Europa en su afán de liberarse de la austeridad que el catolicismo propugna para cumplir la ley de Dios. Es la mejor refutación a todas esas historias que nos presentan al fundador del protestantismo como un sacerdote austero, deseoso de orden y disciplina. El fué solamente un hombre de pasiones enardecidas, de un orgullo morboso y de una imaginación febril y trastornada. Ni siquiera supo ordenar sus sentimientos ni construir un sistema. Todo lo que hizo fué abrir las compuertas de sus pasiones y, declarándose vencido por ellas, les buscó justificación. Esa justificación de sus pasiones fué su doctrina. La idea que tenía de Dios nos lo mostrará en toda su inconciencia: "Ciertamente Dios es grande y poderoso—piensa Lutero—y bueno y misericordioso, y todo lo que se puede imaginar en este sentido, pero es estúpido. (Deus est stultissimus)". (De "Conversaciones de Mesa" No. 963). En otra ocasión, afirma con insensata imprudencia: "Si Dios no perdonara los pecados, yo lo lanzaría por la ventana". (De "Conversaciones de Mesa" No. 2007). Este era Lutero. Un demente, un desequilibrado, quizás un esquizofrénico y de todas maneras un desdichado insurgente.

No quiero terminar sin apuntar aquí la opinión que el reformador, como lo llamaban en su tiempo, tenía de si mismo. Respondiendo una carta a Melanchton, su colaborador y fiel amigo, con fecha 13 de junio de 1521, dice lo siguiente:

"La opinión que tienes de mí me confunde y me tortura cuando me veo insensible y endurecido, sentado y en la ociosidad...¿Qué digo?, mi carne indómita me abrasa con fuego devorante. En suma, yo que sólo debía ser una presa del espíritu, me consumo por la carne, la lujuria, la ociosidad y la somnolencia. ¿Vosotros no rogáis ya por el pobre doctor Martín, que Dios se aparta de él? A tí corresponde, pues, tomar mi lugar, tú, a quien Dios ha dotado mejor y que le eres más agradable".

He aquí al verdadero Martín Lutero. Esas frases, hijas del desenfreno y la desesperación, salidas de sus propias manos sacrilegas, son de un realismo desconcertante y siniestro. No es la

humildad del que se confiesa pecador; es la desesperación del que se siente un malvado. En esas frases está, gritando con desgarrante acento, todo el dolor, toda la crisis, toda la tragedia del infeliz renegado. El Lutero iluminado, virtuoso y austero que por tanto tiempo nos presentaron escritores hostiles a la verdad, ha soltado aquí su disfraz y muestra su desgracia. La Alemania racista de Hitler, debiera esculpir esas palabras en los monumentos de su profeta.

En las cartas y en los escritos de Lutero es donde nos han quedado los materiales para su identificación histórica. En esos documentos, donde se volcó su espíritu, ha legado a la humanidad la huella honda y dolorosa de sus trastornos espirituales. El hecho de que un mundo siguiera esa huella, no dice nada en su favor. En un momento de descalabro espiritual, él levantó banderas de rebeldía contra toda disciplina preconizando los peores libertinajes. "La fé, la fé firme, es suficiente para salvarse"—proclamó Lutero. Y una humanidad deseosa de romper todos los frenos de la moral, lo siguió como a libertador. No existían en ese tiempo médicos alienistas. Uno sólo, que hubiera dispuesto de un buen manicomio, hubiera librado a Europa de confundir a un demente con un santo. Esa equivocación horrible vergonzosa, la purgó Europa con su propia sangre. Cuando Martín Lutero murió, no se sabe que se hizo su compañero Satanás. Seguramente, pienso yo, se multiplicó en mil pedazos porque los europeos, presas de diabólica confusión, se mataban entre sí, en la más sangrienta lucha religiosa de todos los tiempos.

Jerónimo ALVARADO SANCHEZ.
